



*Real, Ilustre y Venerable Hermandad de Nazarenos y Primitiva Cofradía Servita de Ntra. Señora de los Dolores, Santísimo Cristo de la Providencia, María Santísima de la Soledad y San Marcos Evangelista.*

*PIEZA DEL MES*

Niño Jesús de la Pasión

Plomo (vaciado), telas encoladas y madera en la Cruz

Anónimo Escuela Sevillana

55 cm (40 cm el Niño y 15 cm la peana) s. XVIII



La imagen de Jesús Niño en el regazo de su Madre surge ya en los primeros siglos cristianos, pero es a partir de la Edad Media, y sobre todo tras el Concilio de Trento en 1563, cuando abandona su iconografía cristológica tradicional para mostrarse como un niño más, y evocar así la humanidad de su doble naturaleza. El paso siguiente en la representación será cuando se conjugue en la escultura del Santo Niño las representaciones plásticas de la inocencia y el candor infantiles con el drama y el tormento postrero de la cruz, alcanzando su máxima difusión y variedad iconográfica en los siglos XVII y XVIII.

Es la devoción al Niño Jesús en su alegoría iconográfica del Niño Jesús de la Pasión: niños compungidos que juegan con los instrumentos de su venidero martirio, que toman el cáliz y levantan sus ojos lacrimosos como si escenificaran la oración en el huerto, que se clavan una espina, que duermen sobre una calavera..., o que llevan la cruz a cuesta. Estas impactantes imágenes no pertenecen a la historia evangélica, pero conmovían el corazón de los fieles al advertir la debilidad, propia de la naturaleza humana de Cristo, en el presentimiento en su niñez de su trágico final. Sin duda eran objeto de piadosas meditaciones y motivo de compasión.

En nuestra Hermandad Servita, el Niño Jesús de la Pasión se muestra en actitud de bendecir con su mano derecha mientras sujeta con su mano izquierda la santa cruz en la que morirá y en la que nos salvará de nuestros pecados.

Las esculturas de Jesús niño fueron habituales en el orbe católico barroco y generalmente eran tallas completas concebidas para vestirse como si de un niño verdadero se tratase. En nuestro caso, por el contrario, el Divino Lucero viste una túnica fija ceñida a la cintura con una lazada, fabricada con telas encoladas, y que imprime a la imagen cierto movimiento además de restarle rigor penitencial con su color rosa propio del Domingo Laetare o Cuarto de Cuaresma. Muestra un rostro severo y transcendente, con la mirada baja y perdida, pero su cuerpo erguido adopta una suave ondulación, a contrapposto, con un leve movimiento de los brazos. Destaca asimismo la belleza de su melena montañesina y la decoración que cubre toda la cruz. En su cabeza figuran los huecos para las potencias, y es pareja de un San Juan Bautista que, junto a él, se custodia en una hornacina de la sala de Cabildos. Su estado de conservación es bueno aunque está necesitado de una limpieza y eliminación de repintes en la capa pictórica.

D  
I  
C  
I  
E  
M  
B  
R  
E

2  
0  
1  
8

